

pio, romántico, fuerte, desde que la muñeca finge en nuestros brazos el hijo presentado, ofrecemos nuestra vida y nuestro anhelo fundamental al prodigio excelso de la maternidad.

* * *

Es innegable que toda mujer normal experimenta este ardiente deseo. Mas lo es, asimismo, que a él se llega atravesando un trance difícil, física y psicológicamente. Dar al mundo una vida, equivale a renunciar a la propia, porque todos los valores y todos los deseos se han de concretar después en la forja serena de un alma, en la formación sana de un cuerpo. Y para empezar, entre las manos intuitivas y apasionadas de la madre joven sólo vibra un mínimo rebujito de carne sonrosada... Incapaz de subsistir por sí solo, y con una incógnita total frente al destino.

Tan misteriosa y tan inquietante es la trayectoria del capullo humano que habrá de someterse a biológicas leyes de herencia, independientes de toda voluntad. Toda la abnegada vigilancia materna no podrá sustraer al hombre de sus tareas o de sus inclinaciones congénitas. La Ciencia y la Literatura han llenado muchas páginas de ejemplos complejos. Los médicos han hablado mucho de eugenesia. Los americanos inventaron la Ley Seca...

La Sección Femenina, atenta siempre, y siempre vigilante sin arriesgar su femenina condición discreta, ha confiado a sus Divulgadoras y a sus Visitadoras la difícil tarea de preparar a las mujeres en trance próximo de maternidad. El hijo requiere una entrega total de la madre desde antes de nacer. Algún día tal vez se nos convenza de que la idea del hijo ha de influir incluso en la elección del amor. Pero esto, claro, a los veinte años es difícil.

* * *

De todo esto, y de todo cuanto se relaciona con las mujeres en su fi-

siología y su espiritualidad, sabe mucho y muy analíticamente, el doctor Luque, médico ilustre de nombre sin fronteras e interesante personalidad plébrica de valores humanos.

Porque con esto de las guerras, los chiquillos no pueden venir de París. Y con esto de las explosiones artilleras en los campos que antes eran de cultivo, parece que tampoco en la propia Francia pueden ya macer dentro de las coles ni esperar en las torres de las iglesias a que lleguen a buscarlos, para su más o menos equitativo reparto, las cigüeñas.

Todas estas dificultades han tenido que decidimos a esperar los hijos dentro del hogar. O a irlos a buscar en las clínicas de las afueras de la ciudad.

Por herencia pueden transmitirse los más finos matices del sentimiento, así como los más insignificantes detalles de la física envoltura. Por influencia de los primeros días y las primeras costumbres, se puede encauzar con definitivo acierto cada partícula de la Humanidad.

¡Qué curiosa estadística, qué compleja simiente de historias la que algún día nos podrá relatar el doctor Luque, año tras año observador inteligente y encariñado con miles de vidas cuyo primer horizonte es ese cielo amplio y despejado que descubren los ventanales del "nido".

Otra historia de circo

(Viene de la pág. 19)

de terciopelo cobijando el rojo brasero. Y una lámpara de cristal con su fleco de colores que llena las paredes de lucecitas verdes y rosas. Y en las paredes unos cromos de Santos... los retratos familiares... Laura escuchaba entusiasmada. ¡Sí, sí! Todo eso había en su casa; un balcón con

tiestos, una mesa-camilla, la lámpara, los retratos, los cromos... Todo tal y como el payaso lo iba describiendo. ¡Si parecía que los ojos de Martín, en lugar de contemplar la masa ondulante de espigas estaban viendo cada uno de los objetos que quedaron allá, en su casa lejana...!

VI

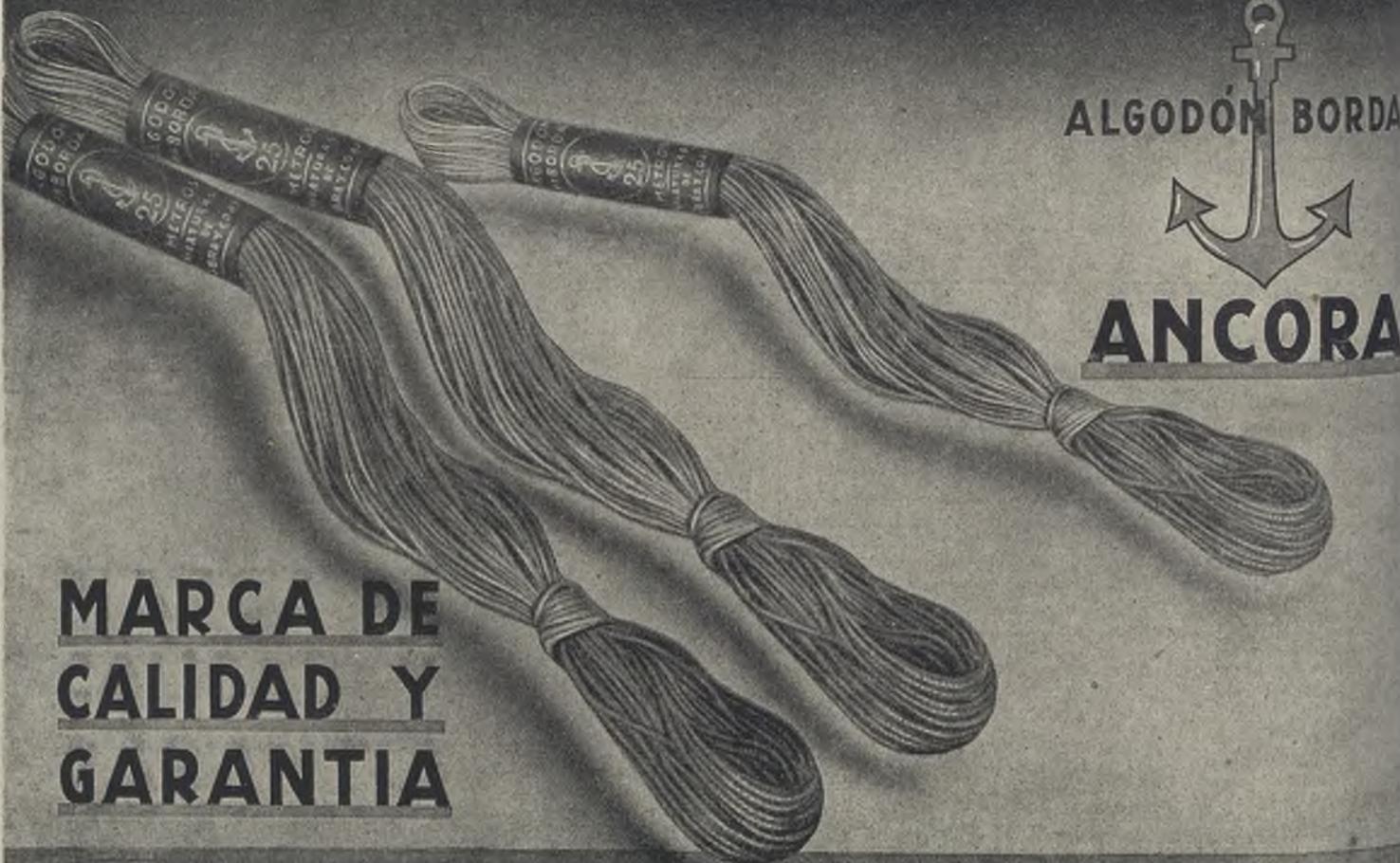
... Y una noche, una medianoche, el tren correo entraba, con su estrépito de hierros, en la estación de la ciudad dormida. Laura descendió de un vagón. Un hombre grandote, con rostro ingenuo, bajó tras ella. La ciudad que la vio partir un día, arrastrada a la aventura por los carros del circo, la dió en la noche tranquila su humilde bienvenida. Al menos así lo creyó Laura. Al agitarse las hojas en los árboles de los jardinillos, ¿no era para saludarla? Y el banco pintado de verde, ¿no esperó, durante muchos meses, a que ella volviera a sentarse, una mañana de sol, con la labor entre las manos? Sí, todo la reconocía y se alegraba de su retorno. Los pájaros que dormían entonces cantarían al amanecer, llenarían el aire de vuelos y de trinos. Y así, a cada paso surgía un objeto, un detalle. Todo lo que allí dejó iba recordándose a la presencia de la ausente... Hasta que llegaron a una casita pequeña y cerrada, al parecer, hacía mucho tiempo. Martín la reconoció aun antes de que Laura iniciara un gesto para

indicársela. ¡Tantas veces ron de ella! Las paredes ladas de gris. Dos ventanitas queñas con persianas verdes sobre ellas un balcón. Laura cogió. Al hacerlo, su mano te temblaba. La introdujo cerradura. Y luego en la solitaria ocurrió algo. Al día de haber sido de día, habría brado a las gentes que corran por ella. Martín había menzado a dar volteretas pies y sus brazos, girando un molino loco, iban y venían lo largo de la calle. Al fin estuvo ante Laura, y alzando el aire, como quien coge a niña, se entró en la casa.

VII

Y un día cualquiera llegó al circo. Laura y Martín lo entraron, asomados al balcón lado de enredadera. Cuando comparsa de carros y de gente se perdió en las calles, aun daron silenciosos, como escuchando el eco de los cascabeles. Después él la besó. Desapareció el balcón y, al cabo de un instante salía del interior de la casa tremezclado en un solo ruido chirrido de una sierra y el que teo de una máquina de coser... El circo se instaló en plaza, con sus banderitas de colores y su profusión de luces. Laura y Martín, a la hora de representación, cerraban alejando la puerta de su casa y dirigían a verlo...

C.A. HILATURAS DE FABRAY COAT



MARCA DE CALIDAD Y GARANTIA

GRAFICAS ESPAÑOLAS - MADRID